

9. R. Dahl, *A Preface to Democratic Theory*, Chicago, Chicago University Press, 1956, pp. 173 y ss.

10. K. Popper, *The Open Society and Its Enemies* (2 vols.), Londres, Routledge & Kegan Paul, 1962, vol. I, pp. 157 y ss.

11. F. Fukuyama, «The End of History», *The National Interest* (verano de 1989), pp. 3-18. Cf. también sus aportaciones posteriores en *The End of*

History and the Last Man, Nueva York, The Free Press, 1992.

12. G. Sartori, «Nueva reflexión sobre la democracia, las malas formas de gobierno y la mala política», *RICS*, 129 (1991), pp. 459 y ss.

13. D. Held, *La democracia y el orden global. Del Estado moderno al gobierno cosmopolita*, Barcelona, Paidós, 1997, p. 24.

WEBER: RACIONALIDAD E ILUSTRACIÓN

Pablo López Álvarez

YOLANDA RUANO DE LA FUENTE:
Racionalidad y conciencia trágica. La modernidad según Max Weber.
Madrid, Trotta, 1996, 222 pp.
Presentación de Jacobo Muñoz

La comprensión de Max Weber del proceso de la racionalización occidental —convertida en imprescindible para cualquier acercamiento a la cuestión— se presenta como el centro de interés de este libro. Buscando clarificar la relación del diagnóstico weberiano con la Ilustración, la obra analiza no sólo los rasgos fundamentales del proceso objetivo de la *Entzauberung*, sino también el posicionamiento práctico del autor ante el devenir de la civilización moderna. La problemática de la *pérdida de sentido* aparece así como eje de un estudio sobrio, que no trata tanto de confrontar a Weber con corrientes de pensamiento contemporáneas, cuanto ofrecer una visión coherente de los límites intenciones y problemas de su programa. El contexto del pensamiento contemporáneo, marcado por el auge de los relativismos culturales, la inercia rectora de los sistemas político-sociales, la des-

confianza en la razón como modo de resolución de conflictos y la multiplicación de las racionalidades enfrentadas y los juegos textuales, señala por lo demás la relevancia de la investigación para nuestra época.

A lo largo de los tres capítulos de la obra —«Modernidad y racionalidad», «Racionalidad y racionalización» y «Genealogía de la modernidad»— la autora acomete, en primer lugar, la tarea de analizar los presupuestos metodológicos y el estatuto epistemológico de la teoría weberiana de la racionalización. Explora posteriormente el alcance gnoseológico y práctico de los conceptos de *racionalidad* —ligado a los procesos de formalización y de sustantivación, al politeísmo de los valores y al debilitamiento del sentido social unitario— y *racionalización* —que remite a los procesos de desintegración y de pérdida de la posibilidad de fundamentación última de la realidad, de separación radical de las esferas de la ciencia, la moral y la estética, y de una imparable burocratización que pone en peligro la articulación institucional de la autonomía. E investiga, en conclusión, la vertiente genealógica de todo este desarrollo civilizatorio, sustenta-

do sobre la concurrencia de un determinado nivel tecnológico y económico y la aparición de una ética religiosa volcada inequívocamente hacia el dominio calculador de lo real.

Ya desde el mismo título, el libro busca mostrar el carácter escindido y trágico del posicionamiento weberiano, presentando al mismo tiempo sus firmezas y sus paradojas y acentuando el empuje moral con el que Weber hace frente a las dimensiones menos soportables de su diagnóstico. Interés especial se aprecia, en este sentido, por mostrar que el pomnORIZADO análisis weberiano de un desarrollo que no hace sino mermar paulatinamente los contenidos de la razón y escindir sus resultados —formalizándolos hasta convertirla en un mero metodismo— no va dirigido en ningún caso a sustentar un juicio social benévolo. Más bien, viene acompañado en todo momento por una inquebrantable fe terapéutica, una investigación acerca de los modos de contrarrestar la supresión definitiva de la objetividad práctica: «más allá de una mirada nostálgica conservadora que llora los valores perdidos de una sociedad premoderna, la de Weber es una *visión trágica*, elaborada desde la consciencia de la aceptación del conflicto y de la lucha, y desde la convicción de que sólo el que se aferra *desesperadamente* a un *ideal* puede salvarse» (p. 22). Frente a una razón que acentúa cada vez más su dimensión de dominio en perjuicio de su dimensión colectiva, y que, en una anotación cuasi adorniana, condena a la inexistencia a todo lo que ella misma no es, Weber busca asentar las nociones del compromiso, la *coherencia individual* y la *consciencia* acerca de unos valores elegidos sin fundamento sustantivo ni justificación irrefutable. Tal es la base de su conflictiva filiación ilustrada, cuyos elementos Yolanda Ruano confronta y reconstruye,

buscando definir la imagen del pensador sobre el inestable perfil de quien acaba de redactar un diagnóstico civilizatorio que considera tan certero como insufrible. Y tal es, igualmente, el punto de partida para el juicio contemporáneo de Weber, cuyos materiales el libro ordena sólidamente, abriendo la posibilidad de reorientar (una vez convertido en horizonte trivial lo que en Weber era aún descubrimiento de una pérdida) los motivos de su reflexión.

Podemos preguntarnos, así, hasta qué punto el carácter trágico de la obra de Weber responde a las dificultades de construir un concepto de Ilustración al margen de cualquier referencia a una razón colectiva, razón que habría sido herida —al parecer definitivamente— por su deriva hacia los términos puros de la dominación y la escisión. Cabe igualmente cuestionar, en esta misma dirección, en qué medida es la propia mirada weberiana, y no el proceso objetivo en sí, la que, marginando toda consideración proyectiva de la razón, convierte en heroico un pensamiento que no puede ya sobrevivir sino hipostasiando la vertiente del deber individual frente a la obligada inclinación comunitaria del proyecto ilustrado. Y medir, en definitiva, la posibilidad de desarrollo de una modernidad convertida en una cuestión ya no de justificación teórica sino de elección individual, que cubre con la llamada a la asociación de individuos comprometidos el abandono del problema de la preferencia racional.

La férrea intención de Weber —tan inequívoca como paradójica— de afrontar la visión de la disgregación con el único apoyo de la coherencia moral genera una serie de aporías cuyo alcance es obligado medir. Así, la tendencia a definir la vida valiosa como la de aquel que es capaz de evitar las distorsiones de la tradición y la pasión sobre sus preferencias individuales, se vuelve sumamente problemática sin un

ejercicio de crítica racional capaz de clarificar el estatuto de las preferencias, y establecer diferencias de valor entre ellas no tanto por su contenido cuanto por el proceso crítico al que hayan sido sometidas. Es decir, cuando no se poseen elementos para aclarar cuál es (más allá de su carácter colectivo o individual) la diferencia entre una pasión o una preferencia. La propuesta de la conversión del *individuo* en *persona* viene lastrada por una problematización muy similar: si se ha reconocido que es imposible actuar sin valores, ¿cómo discernir la serie de las acciones que hacen de un individuo una persona? ¿Bastan la coherencia en los valores personales —la construcción de una identidad personal fuerte— y la convicción y consciencia de los mismos para distinguir una acción valiosa de una que no lo es? La introducción de la noción de *carisma* ha de defraudar necesariamente en este contexto: definir la conducta carismática como aquella capaz de acción individualmente diferenciada sin explicitar los *criterios* de esa diferenciación parece más un aplazamiento que una resolución de la cuestión, que trae consigo además una clara amenaza de irracionalización de la política en términos de caudillaje. En el ámbito gnoseológico, la elisión de la vertiente intersubjetiva de la racionalidad (más allá de su uso deductivo y coordinador de conductas personales a partir de principios) imposibilita a Weber para diferenciar con rotundidad los ámbitos de la ciencia y la cosmovisión, la filosofía y la religión, bajo la única luz de la coherencia y la exhaustividad. En el ámbito práctico, le obliga a una sintomática difuminación de la figura del *hombre libre* frente al auge de la *vida valiosa* y el concepto de *persona*: la desconfianza frente a la razón provoca, de forma plenamente coherente, la desaparición del tema de la libertad, y oscurece el punto en el que se separan el

pluralismo racional y el mero politeísmo de valores.

En la *Teoría de la acción comunicativa*, Habermas cifra parte de las diferencias de la orientación weberiana con respecto a la Teoría Crítica en el hecho de que el mismo proceso de desvinculación de los ámbitos cognitivo y práctico-moral de la razón moderna que Weber tendía a comprender como resultado de un *incremento* de racionalidad era juzgado por Horkheimer como una *pérdida* de racionalidad. La visión de conjunto que traza Yolanda Ruano ofrece los materiales necesarios para juzgar en qué medida esta prevención contra los excesos racionales impide a Weber ocupar de forma convincente el amplio terreno que media entre la antigua fundamentación sustantiva de los valores y el nuevo decisionismo moral. Terreno que ciertamente Weber se niega a resacralizar, pero que tampoco puebla más que con la breve figura del individuo resistente. Lo suficientemente tenaz como para no retroceder, lo suficientemente prudente como para no poner en peligro lo conquistado en nombre de utopía alguna, enemigo en todo caso del sufrimiento innecesario, Weber elude la vertiente constituyente de la razón y el anonimato de la política postradicional, y hace descansar la posible reforma del devenir occidental en la esperanza —quizás aún *demasiado humana*— de la revolución incruenta y silenciosa de los hombres de deber.

Se configura de este modo el doble nivel de enseñanzas que ofrecen los análisis de Max Weber sobre el proceso de racionalización de Occidente. De un lado, el reconocimiento de la falta de sentido dado como carácter insoslayable de nuestra historia, el análisis implacable del imperialismo de las formas instrumentales de la razón (en cuyo seno la multiplicación de racionalidades especializadas y estrategias

sutiles corre paralela a la creciente imposibilidad de control racional de la empresa capitalista y el Estado burocrático), la amenaza contra la individualidad crítica y la creciente impenetrabilidad política de lo económico. Pero también la fatigosa búsqueda de una salida que, obligada por el riesgo de hundimiento de la Ilustración, se ve frenada por la negativa a afrontarla en términos de una *ulterior racionalización*. El carácter trágico de la obra de Weber deriva justamente de un pensamiento que, juzgando la realidad social de forma en absoluto halagüeña, tiende a desestimar la posibilidad de la construcción racional de alternativas al capitalismo. El tono aporético de esta consideración del desarrollo occidental, que, sin creerlo históricamente necesario, se presenta sin embargo como irrefragable, condena al fracaso a un esfuerzo moral radicalizado por su misma imposibilidad de realizarse: en cualquiera de sus cristalizaciones, el héroe es una *figura de la excepción*, un testimonio de la posibilidad de la resistencia, pero no ya una potencia de cambio colectivo.

La desembocadura de este posicionamiento permite trazar algunas advertencias sobre las formas de la interpretación social. En primer lugar, previene contra la tendencia a promover un enfrentamiento a la racionalización en términos de *espíritus individuales*. La consciencia, en efecto, de que allí donde impera la racionalización «el individuo sólo puede buscar su salvación en solitario» abre un escenario en el que ética y política terminan por contraponerse. La hipóstasis trágica de lo ético (el pesimismo heroico, aún ilustrado) es de hecho la más clara consecuencia de la explosión del politeísmo de valores al que se pretende reducir lo político. La asfixiante presencia del *orden* político convierte en necesaria la llamada al *deber* moral, pero ya no para cuestionar las formas de aquel orden sino

para impedir que colonice todas las formas de existencia. El abreviado recorrido de la revolución a la resistencia que supone este gesto presenta como dos terrenos sin intersecciones el ámbito del compromiso ético (privado) y el del poder político (público), y propone un debate sin términos medios: la férrea ética de la convicción se yuxtapone, como añadido corrector, a una racionalidad política autoasegurada a través de la violencia legal. La concepción parcial de la razón abandona así a la política en manos de la tecnocracia, construyendo un individualismo ético más interesado en la dignidad que en la justicia, en la integridad antes que en la autodeterminación, en la personalidad firme antes que en la sociedad igualitaria. En esta misma dirección, el recurso al *estilo de vida* —tan caro a pensadores de la tradición conservadora, como Jünger o Gehlen— acentúa la querencia a la construcción de identidades sólidas, y no llama tanto a la disolución crítica de los códigos de conducta (Foucault) cuanto al reforzamiento de la gravedad y la incondicionalidad con la que han de adoptarse los fines últimos.

La exposición global del tema de la racionalización en Weber alerta, además, contra una segunda disposición: la *hipóstasis de la separación* de esferas de valor, que tiende a expulsar a la ciencia del campo de la creación de sentido, dotándola de un desarrollo, que se cree reaccionario detener, pero que es necesario en todo caso contrarrestar con las formas de la unificación moral. La consideración de la razón como potencia puramente analítica y la escisión de los campos del *conocimiento* y el *sentido* impedirá un posicionamiento más crítico, dispuesto no sólo a incluir los resultados del saber en el espacio del sentido, sino también a utilizar la crítica de las formas de conocimiento como herramienta de disolución de discursos e identidades.

Pues el problema —nuestro problema—, tal y como lo viera Adorno, no es ya la disgregación sino la falsa sistematicidad, la constancia de que el celebrado politeísmo de valores no es sino el reverso de una uniformización social absoluta, de que la ruptura moderna con la razón objetiva no se consuma con la explosión de los juegos de las racionalidades dispersas, sino que exige ser complementada con una crítica a la irracionalidad vigente, que oculta el contacto de las partes de la realidad e impide el trazado de las relaciones entre las ideas. La resistencia del presente a ser pensado en sus contradicciones provoca un combate con la realidad en el que se trata menos de contrarrestar que de quebrar lo impuesto, menos de *reconstruir el deber* que de *fundar la diferencia*. Y ello obliga, desde luego, a cuestionar un posicionamiento que insiste en ligar racionalización y desorientación, permaneciendo ajeno a la capacidad de la razón para pensar contra sí misma y rematar una superación de los sentidos heredados que sólo aparentemente ha llevado a término.

El estudio de Yolanda Ruano constituye, en este profundo contexto, un eficaz acercamiento al autor, y se ofrece como punto de apoyo para abordar la problematización en la que descansa la permanente actualidad de Weber. De hecho, la propia amplitud e implicaciones del tema escogido nos sitúan ante vías de trabajo cruciales para el pensamiento contemporáneo. Explorar las relaciones entre razón y realidad, que vuelven a situar a Hegel como

receptor invisible del debate entre modernidad y postmodernidad; cargar de contenido material e histórico el concepto de racionalización, empleándolo no ya como descripción de un proceso cumplido, sino fundamentalmente como potencia de desmitificación, que abra el contacto entre el poder y el trabajo, y permita leer el capitalismo no sólo en términos de cálculo racional cosificado (Weber), sino también como sistema de dominación de grupos (Marx); o despejar, en fin, el campo proyectivo de la razón midiendo la viabilidad de utilizar al sujeto como *centro de oposición* al poder (que lleva, como en Weber, a acentuar el esfuerzo personal como contrapunto al sistema de relaciones intersubjetivas) frente a la disposición contraria: el reconocimiento de que es el poder el que *determina la posición del sujeto* (que supone trasladar el núcleo de la acción social al terreno de la producción política de la verdad y a la disposición social de los cuerpos): tales son algunas de las tareas que la reflexión de Weber deja abiertas en el horizonte del pensamiento contemporáneo, que ya no tiene por tema el decaer de una unidad, sino el de la gestión de la diversidad, y bajo cuya mirada, según expresa la advertencia de Blumenberg, el mundo no se presenta ya como *despojado* sino más bien como *liberado* de sentido: «Quizá no debiéramos cultivar sólo la rabia por la insensatez, el absurdo del mundo, sino también un poco de temor a la posibilidad de que un día pueda estar lleno de sentido».